

Los Libros

DOS HOMBRES, por *Domingo Melfi*. Editorial Nascimento.
Santiago de Chile, 1937

Desde hace algún tiempo se advierte en el país una nutrida literatura portaliana, especialmente estos últimos días con motivo del centenario del asesinato del Ministro de Prieto. En discursos y artículos periodístico, ripiosos y espesos de erudición barata, publicados últimamente, se le ha exaltado sin medida. Empero, la personalidad de este discutido político ha sido estudiada seriamente; don Francisco A. Encina publicó hace pocos años un denso y original ensayo sobre Portales, la época en que actuó y las proyecciones que su política ha tenido para el país; las cartas de Portales, publicadas años atrás, esclarecieron muchos aspectos de su verdadera personalidad; Díaz Meza también contribuyó al incremento de la literatura portaliana; y recientemente Magdalena Petit escribe una novela histórica protagonizada por el «Gran Ministro», y Domingo Melfi le dedica un breve ensayo. La Universidad de Chile ha participado de esta resurrección portaliana reeditando la biografía de Portales escrita por Vicuña Mackenna.

Muchas veces nos hemos preguntado si en realidad la figura de Portales da para tantas páginas impresas y si en todo esto no hay un fin político determinado de exagerarla; hemos llegado a pensar que se le ha dado una proyección inusitada fuera de toda *sindéresis*. No significa ello que neguemos las proporciones de la figura de Portales; pero la vemos dentro del

marco de su época y al juzgarla nos colocamos en su tiempo, cuando este país recién salía de la Colonia, cuando su población fluctuaba alrededor del millón, cuando no existían los trascendentales problemas económicos y sociales que hoy inquietan al mundo civilizado. Conocida la situación de anarquía en que el país se encontraba en la época en que Portales advino al poder, es fácil explicarse su actuación política; era ella casi necesaria. Por eso quien desee estudiar a Portales en su exacta medida debe ajustar la lente de su visión a una perspectiva de cien años atrás, y enfocarlo mediante una instantánea en su despreocupada actitud de hombre de carne y hueso y no en la rígida de superhombre, de figura estatuaría, como lo han hecho los que con fines políticos se consideran los depositarios de su espíritu.

Domingo Melfi, en su breve y enjundioso estudio, enfoca a Portales en su verdadera actitud humana, pues lo analiza en cuanto hombre a través de su propia correspondencia, y bien sabemos que sus cartas destilan la esencia de su personalidad. Serenamente juzga Melfi a Portales, sin pasión engeguecedora; ni lo disminuye ni lo exalta; lo retrata sin retocarlo con interpretaciones arbitrarias. Debemos subrayar que Melfi no ahonda en la política de Portales ni en las proyecciones que ella ha tenido.

Es sabido que Portales no era un intelectual ni siquiera un estudioso; tenía un profundo desprecio por los hombres que buscaban sus ideas políticas en los libros, los consideraba como simples teóricos desconocedores de la realidad. Los intelectuales son hombres de contemplación, de meditación, y él era antes que nada un comerciante, un hombre de acción. Los aciertos que tuvo se debieron a su propio genio y al poder intuitivo de su rica personalidad. En una de las cartas transcritas por Melfi encontramos un párrafo en que se refiere a la democracia, párrafo que ningún admirador de la política de Mussolini e Hitler dejaría de subscribir. Por estas palabras y por su actitud

política en general, Portales viene a resultar un precursor de éstos:

«A mí las cosas políticas—escribía a Cea en marzo de 1822—no me interesan, pero como buen ciudadano puedo opinar con toda libertad y aun censurar los actos del Gobierno. La democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países americanos, llenos de vicios y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La monarquía no es tampoco el ideal americano; salimos de una terrible para volver a otra, y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; pero ¿sabe cómo la entiendo yo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y de patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes».

Palabras proféticas para justificar los gobiernos totalitarios de hoy en día.

A través de sus cartas, Portales se nos presenta como un hombre de temperamento apasionado, de extraordinaria vitalidad y de exacerbado sensualismo. Más que un Don Juan de conquistas fáciles, nos parece un hombre a quien le bastan pocas mujeres para apurar el goce sexual en su mayor intensidad. Tenía Portales un concepto materialista del amor: a pesar de las protestas de dolor que hizo por la muerte de su mujer legítima, no nos convence mucho de su espiritualidad en lo que a amores se refiere. Y este concepto materialista que tenía del amor, lo tenía también del Gobierno. Melfi lo dice: «No tenía Portales simpatía alguna por la vida espiritual y por lo mismo el hielo de la materia impregnaba con un zumo triste esta forma utilitaria del Estado».

Espíritu realista y objetivo; da prueba de ello en su lenguaje de una crudeza subida, rayana en la procacidad. Hay cartas suyas del tal grosería, que el propio Melfi se resiste a transcribir. Es de espíritu burlón y sarcástico; se mofaba del

clero, de la sociedad santiaguina y hasta del propio Presidente Prieto. Resulta paradójal que Portales sea hoy poco menos que idolatrado por las clases conservadoras y aristocráticas de Chile.

Personalista y ambicioso, concentró el poder en sus puños y con ellos impuso su voluntad, que significaba orden, disciplina, moralidad; no paraba mientes en los medios para conseguir sus propósitos; desterró a hombres eminentes que tenían un concepto romántico de la libertad. Pero la verdad es que logró poner orden en este país totalmente anarquizado en esa época, organizó la administración pública, dió ejemplo de moralidad; én fin, plasmó un país que hasta ese tiempo estaba en situación caótica. He ahí su genio político. Melfi lo reconoce con palabras justas: «La figura de Portales aparece solitaria en nuestra vida política. Lo Trastornó todo; lo improvisó todo: administración, ejército, magistratura. Sin ser hombre de estudio y de ideología determinada, tuvo la capacidad para penetrar el momento que vivía Chile, convulsionado por la Independencia y empleó toda su energía en abatir el caudillaje. Y ésta fué su obra fundamental». Para ello, atropelló la ley, aplastó a los hombres libres, impuso silencio como lo habían hecho los Gobernadores en tiempo de la Colonia. He ahí el aspecto sombrío de su personalidad y por el cual le regatean prestigio y genialidad.

Como el anverso del medallón en que Melfi ha tallado la efigie de Portales, encontramos en este mismo volumen un ensayo en que hace el retrato de Lastarria enfocado dentro de la generación en que actuó.

Nada más opuesto a Portales que el recio autor de «América». Espiritu culto, intelectual auténtico, liberal en el sentido meliorativo de la palabra, orador elocuente, honesto en su vida ciudadana y privada, Lastarria tenía todas las calidades para que su nombre no sea olvidado. Trató de remover el espíritu somnoliento de la sociedad santiaguina de mediados del siglo.

pasado y como era superior a su medio, no fué comprendido. De ahí nace lo que Melfi llama la tragedia de Lastarria. Como era de origen modesto y no aduló a las clases dirigentes viviendo en un orgulloso retiro y alimentando su concepción liberal del Estado, es que no se le reconocieron, en su exacta medida, sus méritos y se le postergó injustamente. Hoy mismo no se le ha hecho la justicia que merece; aun no se le erige el monumento en que se le recuerde para la eternidad. Este estudio de Melfi sirve en parte, para sacar a Lastarria del olvido y para incitar al conocimiento del hombre y a la lectura de sus libros.

El valor intrínseco de este libro de Domingo Melfi está realzado por la sobria elegancia de su prosa, cuya fluidez y llaneza hace que la lectura se realice sin tropiezos, suspendido el ánimo y atenta la inteligencia.—MILTON ROSSEL.



JUSTICIA CON ALMA, por *Samuel Gajardo*.

La Ley de Menores ha señalado una nueva época en la forma de administrar justicia en Chile. Hasta aquí conocíamos solamente la justicia rutinaria, tradicional, adherida como un molusco sordo y ciego a la roca de una ley arcaica e inflexible que aplica a la sociedad moderna las rigurosas normas con que la aristocracia romana oprimía a las poblaciones conquistadas. Los sentimientos, el corazón estuvieron siempre ausentes de los procedimientos y resoluciones judiciales, y los magistrados, con el alma encallecida en la aplicación mecánica y despiadada de una ley petrificada, se rieron siempre doctamente del que trataba de alejarlos un momento de la complicada escolástica legal para llevarlos a las realidades vivas y sangrantes. Había en esto algo de vanidad pueril por considerar que la urdimbre de la ley, con su vasta y compleja articulación, que la hace inac-